

NEURONAS ESPEJO Y SIMPATÍA EN ADAM SMITH: COMPARACIÓN DE DOS PERSPECTIVAS SOBRE LA EMPATÍA, FRENTE AL REDUCCIONISMO CIENTÍFICO^{1, 2, 3}

MIRROR NEURONS AND SYMPATHY IN ADAM SMITH: COMPARISON BETWEEN TWO PERSPECTIVES OF EMPATHY, IN FRONT OF SCIENTIFIC REDUCTIONISM

Beatriz Shand Klagges^{4, 5}

RESUMEN

Se presenta una comparación entre la descripción de la simpatía por Adam Smith en el libro *La Teoría de los Sentimientos Morales* (TSM) y la empatía comprendida como fenómeno psicológico en la perspectiva neurocientífica. Esta comparación se realiza en tres momentos: en la génesis de la empatía, en la conformación de la capacidad empática durante el desarrollo humano y en las implicancias sociales y morales de la empatía. A pesar de la distancia temporal y epistémica de ambas perspectivas, se aprecian como aspectos comunes: el reconocimiento de la empatía como fenómeno connatural a lo humano y la modulación o desarrollo de la empatía en la interacción social. Las perspectivas se distancian en las implicancias sociales y morales de la empatía. En la TSM se propone la empatía como la trama psicológica básica desde dónde surge la moralidad. La interpretación neurocientífica apunta hacia una reducción funcionalista de la moral.

Palabras clave: Neurociencia, sentimentalismo, Teoría de los sentimientos morales.

ABSTRACT

This work presents a comparison between the Adam Smith's description of sympathy in the book *The Theory of Moral Sentiments* (TSM) and the empathy understood as a psychological phenomenon in Neuroscience. This comparison is developed in three moments: in that of the genesis of empathy, in the configuration of empathic capacity during human development and in the social and moral implications of empathy. Despite the temporary and epistemic distance of both perspectives, they have common views: the recognition of empathy as a connatural phenomenon to the human being and the modulation or development of empathy in social interaction. These perspectives have differences related to the social and moral implications of empathy. The TSM identifies empathy as a source of morality. Neuroscience understands empathy as part of a functionalistic moral system.

Key words: Neuroscience, Sentimentalism, Theory of Moral Sentiments.

1 Recibido: 30 de julio de 2014. Aceptado: 23 de septiembre de 2014.

2 Este artículo se debe citar como: Shand, Beatriz. "Neuronas espejo y simpatía en Adam Smith: comparación de dos perspectivas sobre la empatía, frente al reduccionismo científico". *Rev. Colomb. Filos. Cienc.* 14.29 (2014): 95-112.

3 Agradecimientos a la profesora María Alejandra Carrasco de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica.

4 Facultad de Medicina, Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo: bshand@uc.cl.

5 Santiago de Chile, Chile.

1. INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo se propone una comparación entre la empatía como fenómeno analizado desde una perspectiva neurocientífica y la empatía descrita en *The Theory of Moral Sentiments* (TSM) de Adam Smith. La comparación entre ambas perspectivas se realiza en tres momentos: en la comprensión de la génesis de la empatía, en la conformación de la capacidad empática en el desarrollo humano y en las implicaciones sociales y morales de la empatía como fenómeno interpersonal. A pesar de la distancia temporal y epistémica de ambas perspectivas se reconocen aspectos comunes para ambas, tales como: el reconocimiento de la empatía como fenómeno connatural a lo humano y la modulación o desarrollo de la empatía en la interacción social. Estas dos perspectivas se distancian al reconocer las implicancias sociales y morales de la empatía.

Para enfrentar adecuadamente la tarea es necesario revisar brevemente algunos antecedentes de ambas perspectivas. Tal como se describe en el prefacio del primer número de la revista *Annual Review of Neuroscience*, publicado en 1978, la Neurociencia es el saber interdisciplinario en el que convergen la neuroanatomía, neuroquímica, neurofisiología y psicología experimental. En este contexto, aun cuando la tradición neurocientífica reconoce la incorporación del concepto de empatía (*Einfühlung*) por el filósofo y psicólogo Theodor Lipps, a principios del siglo XX, el mayor desarrollo en investigación en esta área se ha evidenciado en las últimas décadas. A partir de la década del 90 del siglo pasado, el estudio de la empatía se ha focalizado en gran parte en problema neurobiológico, es decir, en la búsqueda de la correlación neurofisiológica entre el acto de empatizar y la actividad cerebral. Es en esta búsqueda donde se realiza el descubrimiento de las neuronas espejo.

Adam Smith, filósofo y economista escocés, ha sido reconocido principalmente por su aporte en economía clásica. *La Teoría de los Sentimientos Morales* corresponde a su primer libro escrito en el contexto de su cátedra de Filosofía Moral en la Universidad de Glasgow. A pesar de que fuera reconocido en su época, este trabajo no ha sido profundizado suficientemente; sino hasta las últimas décadas, en las que su aporte ha sido nuevamente fuente de estudio y reflexión. La propuesta de Smith respecto de los sentimientos morales se ha comprendido como una explicación genética de la moral a partir de experiencias psicológicas; una construcción de la moralidad humana a partir de tendencias innatas y amorales. De este modo, Smith enfrenta el desafío de describir desde una perspectiva psicológica las tendencias que reconoce en la base de la experiencia moral. En esta empresa, el autor utiliza el término simpatía para referirse a un

conjunto de experiencias, algunas de las cuales tienen un claro sentido psicológico y otras un sentido moral. Siguiendo a autores como Carola von Villiez, Maria A. Carrasco propone que la simpatía es una parte del puente que une la experiencia psicológica con la moralidad humana en Adam Smith.

Para llevar a cabo la propuesta de este trabajo, es necesario, en primer lugar, enfrentar las objeciones obvias a la metodología propuesta. Una primera objeción resulta de la distinción epistémica desde donde se realiza el análisis de la empatía. El método filosófico –propio de la obra de Smith– podría no tener ninguna forma de diálogo con el método científico que predomina como paradigma de evidencia en la Neurociencia. La respuesta a esta objeción se puede expresar desde ambas perspectivas. En primer lugar, es necesario reconocer que la Neurociencia incluye disciplinas originaria o estructuralmente ligadas a la Filosofía (tales como la Psicología) y, por lo tanto, es de esperar que existan puentes originarios entre Neurociencia y Filosofía. Por otra parte, también la Filosofía puede tener un abordaje empírico, reconociendo como materia primaria de estudio la experiencia humana. Este último abordaje, característico de las corrientes filosóficas contemporáneas tales como la fenomenología, es también propio de la perspectiva empirista de Smith en cuanto intenta dar cuenta de la vivencia humana intersubjetiva a través de la observación de la experiencia humana (en sí mismo y en los demás).

Finalmente, otra respuesta a la objeción referente a la dificultad de comparar ambas perspectivas (neurocientífica y filosófica), es el reconocimiento de que aun en el experimento neurobiológico más estricto existe un momento interpretativo, en el cual el científico debe explicar el significado de sus resultados para la comprensión de la realidad en general, reconociendo sus alcances y límites. Este momento interpretativo es de la mayor relevancia cuando los resultados se refieren a la comprensión de la conducta humana⁶.

Resulta relevante comentar aquí también, que existen esfuerzos recientes por articular distintas perspectivas epistémicas sobre la empatía, tal como el que realiza Christel Fricke al comparar la simpatía de Adam Smith con la empatía descrita en el ámbito de la psicología del desarrollo por Martin Hoffman.

6 Tal como se observa en el clásico ejemplo del estudio de Benjamin Libet para el estudio de la libertad humana, la perspectiva filosófica del autor impacta significativamente en la interpretación de los datos: Benjamin Libet intentó en 1981 demostrar la inexistencia de la libertad mediante un estudio en el cual sometió a voluntarios a la decisión de mover un dedo, mientras evaluaba en forma simultánea sus respuestas neurofisiológicas. Al detectar activación del cerebro previo a la evidencia de la decisión, asumió que la actividad cerebral era la causa de la decisión libre. Sus conclusiones fueron ampliamente debatidas por la comunidad científica quien identificó en el análisis del experimento un claro sesgo en la interpretación (Libet 1981).

2. ORIGEN Y DESARROLLO DE LA EMPATÍA

2.1. Perspectiva neurocientífica:

En una revisión neurocientífica reciente, la empatía se reconoce como aquella capacidad de “formar una representación corporeizada del estado emocional del otro, siendo al mismo tiempo conciente de los mecanismos causales que indujeron el estado emocional en el otro”⁷ (Gonzalez-Liencre1538). En la misma revisión se distingue entre empatía emocional (sentir lo que otros sienten) y empatía cognitiva (conocer lo que otros conocen, buscan o desean). La primera sería evolutivamente más primitiva, mientras que la segunda, propia de los homínidos (incluyendo algunas especies de monos y humanos).

El reconocimiento de las neuronas espejo por Giacomo Rizzolatti, Leonardo Fogassi y Vittorio Gallese en 1996 ha sido uno de los hitos centrales en la comprensión de la empatía desde la Neurociencia. El descubrimiento de estas neuronas, realizado principalmente en monos, rompe el paradigma previo de la especificidad de las neuronas respecto de su actividad motora o sensitiva, dado que son neuronas que podrían describirse como “sensitivo-motoras”. Su descubrimiento significa además un inmenso avance en la comprensión de los mecanismos neurobiológicos de la percepción en el ser humano y han propuesto nuevas hipótesis respecto de la toma de decisiones en seres humanos. Sus descubridores proponen que este tipo de neuronas participan en el reconocimiento de las intenciones y el valor subjetivo de los actos motores realizados por otros, es decir, corresponderían a la base neurobiológica de la empatía.

Una explicación más detalla de los procedimientos que llevaron a descubrir las neuronas espejo y de la interpretación de sus resultados por parte de la comunidad neurocientífica se puede encontrar, entre otros libros de difusión neurocientífica, en el libro de Marco Iacoboni: *Las neuronas espejo: empatía, neuropolítica, autismo, imitación o de cómo entendemos a otros*. Para Iacoboni, las neuronas espejo nos brindan por primera vez en la historia “una explicación neurofisiológica plausible de las formas complejas de cognición e interacción sociales” (Iacoboni 15).

Para comprender mejor la teoría neurocientífica sobre la empatía, vale la pena recordar el descubrimiento original de las neuronas espejo. Se trata de un estudio que intentaba descifrar la zona cerebral que se activa durante el

7 “We propose a narrow definition of empathy as the ability to form an embodied representation of another’s emotional state, while at the same time being aware of the causal mechanism that induced the emotional state in the other” (Gonzalez-Liencre, 1538)

movimiento de la mano en monos (zona cerebral F5). Para reconocer la activación de esta zona –en animales que tenían monitoreo permanente de la actividad bioeléctrica de la corteza cerebral a través de electrodos implantados en la misma– los neurocientíficos codifican en sonidos la actividad bioeléctrica neuronal. Por casualidad un investigador (Gallese) tomó en su mano un objeto delante del mono en estudio e inmediatamente percibió el ruido característicamente asociado a la actividad de la corteza cerebral motora, es decir la que se activa durante el movimiento de la mano. Estudios posteriores confirmaron el hallazgo: un 20% de las neuronas presentes en la zona definida previamente como motora se activa al contemplar el movimiento de la mano de otro sujeto. El hallazgo, descrito por Iacoboni como de “fenomenología neurofisiológica” rompió paradigmas y abrió nuevas e insospechadas líneas de investigación. Experimentos posteriores, tales como el de Ferrari publicado en 2003, demostraron que la intención del agente que actúa produce una respuesta distinta en el observador: la activación de las neuronas espejos en monos es mucho mayor cuando observan tomar algo para comer que cuando ven tomar un objeto simplemente para cambiarlo de lugar.

La interpretación de estos estudios fue unívoca para sus autores; en palabras de Iacoboni:

La propiedad más elemental de las neuronas espejo –es decir, activarse tanto ante el acto de tomar una taza y ante el mismo acto observado– sugiere que sirven para reconocer los movimientos que realizan otras personas. Así mismo indican que el “reconocimiento de movimiento” que de este modo se instrumenta es una suerte de simulación o de imitación interna de los actos observados (Iacoboni 37).

De esta manera, utilizaríamos una simulación interna de nuestros propios movimientos para comprender las intenciones de los movimientos que observamos en otros. Proponen entonces que los mecanismos de imitación, mediados por las neuronas espejos, son clave para el reconocimiento de intenciones en terceros. En palabras de Iacoboni:

Uno de los objetivos principales de la imitación puede ser, precisamente, la posibilidad de tener una “intimidad” corporeizada entre el yo y los otros en las relaciones sociales. La tendencia de la imitación y de las neuronas espejos a volver a capturar tal intimidad puede representar una forma más primaria y originaria de intersubjetividad a partir de la cual el yo y el otro cobran forma. (Iacoboni 73).

Los descubridores de las neuronas espejo apoyan de esta manera una *Teoría de la simulación* para la comprensión de la mente de los demás: “entendemos la

situación de los otros, simulando literalmente, estar en la situación del otro” (Iacoboni 77) de una manera, a juicio de Iacoboni, radical e inconsciente. Para alcanzar esta comprensión del otro las claves fundamentales son la observación del movimiento, el contexto en que se realiza, así como la captación de gestos emotivos cuya réplica inconsciente en nosotros nos permitiría entender emociones e intenciones de los demás.

Desde la Neurociencia se propone además –basándose en las notables similitudes morfológicas interespecies– una interpretación evolucionista de las neuronas espejo y demás mecanismos neurobiológicos de la empatía, reconociendo que su presencia y funcionalidad podría representar el hito diferenciador de los distintos niveles de complejidad en la conducta de los seres vivientes⁸.

Los descubridores de las neuronas espejo proponen para ellas un rol clave en el desarrollo humano en lo referente a la adquisición del lenguaje, la interacción social y el aprendizaje ampliamente comprendido, dando origen así a nuevas líneas de investigación y reinterpretaciones de trabajos neurocientíficos previos. El hallazgo cuestionó la propuesta de Piaget de que el aprendizaje por imitación comenzaba a en el segundo año de vida y volvió la mirada sobre estudios que sostenían que los seres humanos mostraban indicios de imitación a partir de los 41 minutos de vida extrauterina. La imitación aparece en el hombre como un fenómeno básico, previo a desarrollos cognitivos complejos. La investigación sobre las neuronas espejos vuelve la mirada sobre trabajos como el de Carol Eckerman, que reconoció la importancia de las capacidades imitativas en la adquisición del lenguaje en niños: los niños con mayor capacidad de imitar tienen un mejor desarrollo lingüístico. Por otra parte, desde la psicología del desarrollo humano, se ha descrito cómo la capacidad imitativa en niños tiene evoluciona desde el predominio del reconocimiento de la “meta” de la acción al reconocimiento de formas más complejas de imitación (Iacoboni 72).

Aun cuando existen interpretaciones neurobiológicas diferentes o complementarias a la propuesta por quienes descubrieron las neuronas espejo, incluyendo el reconocimiento de determinantes genéticos o epigenéticos y el rol de distintos neurotransmisores en la capacidad empática, el descubrimiento de las neuronas espejos sigue siendo un hito central en la comprensión neurocientífica de los actos humanos, gozando además de gran difusión en círculos ajenos a la disciplina.

8 Así, un desarrollo mayor de estas podría explicar las diferencias de comportamiento social interespecies, incluyendo las conductas más básicas (tales como el cuidado de las crías) hasta las más complejas (tales como el comportamiento altruista).

Finalmente, Iacoboni sugiere que el mal funcionamiento de las neuronas espejo podría estar a la base de conductas psicológica y socialmente anómalas, tales como el autismo o los comportamientos psicopáticos. Autores tales como Gonzalez-Lienres proponen una clasificación neurobiológica de las distintas anomalías en el desarrollo de la empatía: distinguiendo entre patologías con compromiso de empatía emocional de aquellas con compromiso de empatía cognitiva; y otras que incluyen ambas.

2.2. Simpatía en Adam Smith

El abordaje de la simpatía en Adam Smith es frecuentemente reconocido como uno de los primeros trabajos filosóficos sobre la empatía⁹. Christel Fricke plantea que el término simpatía es, para Smith, un término técnico, que describe una disposición emocional natural a compartir los sentimientos de los otros y preocuparse respecto de su fortuna y felicidad (Fricke 1)¹⁰. De esta manera, la autora reconoce que la disposición emocional innata que Smith llama “simpatía” se asemeja notablemente a lo que los psicólogos del desarrollo llaman “empatía”¹¹.

Tom Campbell, en cambio, distingue entre la simpatía de Smith y el concepto de empatía, que sería más cercano a lo que en Hume y Hutcheson –hablando de simpatía– entienden como el simple contagio o “infección” de las emociones. Campbell destaca las diferencias entre ambos conceptos, enfatizando que en Smith la simpatía no es un sentimiento, sino una correspondencia entre los sentimientos de dos personas. Reconociendo que Smith parte desde esa experiencia de contagio básico, Campbell explica que la simpatía en este autor se extiende mucho más allá de esa experiencia, por lo que discrepa de la asimilación de los términos empatía y simpatía.

Siendo un tema debatido –y que escapa al objetivo central de este trabajo– el que la simpatía de Adam Smith pueda o no utilizarse como sinónimo de empatía, en lo sucesivo se usará el término simpatía para describir la perspectiva

9 En la entrada *Empathy* de la Enciclopedia Stanford de Filosofía, puede leerse: “Empathy is ultimately based on an innate disposition for motor mimicry, a fact that is well established in the psychological literature and was already noticed by Adam Smith (1853)” (Stueber).

10 “Sympathy is, for Smith, a technical term; he uses it first and foremost for describing a natural emotional disposition of people that is inborn and as basic as their self-love; in virtue of their natural sympathy, people are interested “in the fortune of others” (TSM I, 1.1,9); they can share other’s people feelings (TSM I, I, 1.5, 10) and care about their happiness; furthermore, they have a natural desire to be in a state of mutual sympathy with other people (TSM I,ii,title 13)” (Fricke 1).

11 “The inborn emotional disposition Smith calls “sympathy” resembles to a remarkable extent what developmental psychologists call “empathy”” (Fricke 2).

de este autor y solo, al momento de destacar las coincidencias entre las dos perspectivas incluidas este trabajo, se usará de manera general el término empatía.

En la parte I de la TSM, Adam Smith realiza una descripción psicológica detallada de lo que podría denominarse “proceso simpatético”. Para describirlo, se utilizarán los cuatro tipos explicativos de la propuesta de Smith, sistematizados por Carrasco en 2011. La autora reconoce dos tipos de simpatía que se viven de manera unidireccional (*one-way sympathy*) y dos que corresponden a una experiencia interpersonal, denominadas “simpatía mutua”: una todavía a nivel psicológico y la última –desde donde se desarrolla la moralidad– la simpatía mutua moral.

Respecto de la simpatía unidireccional, Adam Smith reconoce dos niveles. En primer lugar, se reconoce un nivel básico en el que se experimenta una respuesta instantánea a los sentimientos de los demás: “las pasiones (...) parecen ser transfundida de un hombre a otro, instantáneamente y antecediendo a cualquier conocimiento de qué las excitó en las persona principalmente afectada” (TMS 11). Este nivel es descrito como transfusión mecánica de emociones.

La simpatía que surge al “sintonizar” nuestras pasiones de manera instantánea, sería para este autor un sentimiento “extremadamente imperfecto” (TSM 11) que, sin embargo, está intrínsecamente orientado hacia una forma secundaria y superior de simpatía, que surge al conocer las causas de la pasión que afecta al otro. En este punto se reconoce el surgimiento del segundo nivel de simpatía unidireccional, que corresponde al posicionamiento imaginativo en la situación del otro.

Este segundo tipo de simpatía, exige el reconocimiento de las causas que producen el sentimiento en el otro, tal como propone Smith, se refleja en la pregunta espontánea: ¿qué te pasó? Recoge la necesidad de conocer los motivos de los sentimientos del otro –lo cual implica en esta perspectiva un reconocimiento de sus circunstancias e incluso de su carácter– para poder simpatizar totalmente con él. En palabras de Smith, referidas a este tipo de simpatía: “la simpatía, entonces, no surge tanto de la visión de una pasión cuanto de la situación que la provoca” (TSM 12).

Hasta aquí, la simpatía se refiere a la experiencia vivida por un ser humano que observa al otro. Este ser humano en un primer nivel puede verse contagiado por emociones (el primer tipo de simpatía) o puede buscar compartir los sentimientos del otro, entendiendo su situación para lograr posicionarse en la causa de sus sentimientos, incluyendo en esta comprensión los condicionantes de la historia personal, del carácter y, en general, de todos los condicionantes de la vivencia emocional del otro.

Estas formas de simpatía unidireccional están dirigidas al paso siguiente, que corresponde a la experiencia de la simpatía mutua. A un nivel psicológico, la simpatía mutua se realiza a través de un esfuerzo imaginativo de ambas partes de situarse en la posición del otro y de ajustar su respuesta emocional de manera que exista una sintonía real de ambos. Todo este proceso es motivado por el placer propio de la simpatía mutua: “cualquiera que sea la causa de la simpatía, o como quiera que esta sea excitada, nada nos place más que observar en otros un sentimiento de camaradería (*fellowfeeling*) con todas las emociones de nuestro propio pecho; y nada nos choca más que la aparición de lo contrario” (TSM 13). Smith reconoce así un sentimiento de placer connatural al ser humano, que surge de la experiencia de acercar la vivencia emocional de la persona primariamente afectada por un sentimiento, con la persona que lo observa. Este acercamiento es fruto de un esfuerzo de ambas partes, que se observan al mismo tiempo que intentan comprender la situación en que se encuentra el otro. En el sentido inverso, la incapacidad de acercar ambas vivencias es descrita por Smith como naturalmente opuesta a nuestras tendencias naturales en relación a la vida en sociedad y fuente de conflicto en comunidad. Este sentimiento no surge simplemente del contagio de la pasión desde la persona principalmente afectada con quien lo observa, sino de la satisfacción de alcanzar una plena coincidencia entre ambas partes, resultando placentera aún en el caso en que el sentimiento compartido corresponda a tristeza. Para Smith esta coincidencia produce una emoción de segundo orden, que describe como siempre agradable y deliciosa. En esta misma línea, utilizando el experimento mental de una persona que se desarrolla en el aislamiento y que ha vivido de manera individual cada una de sus pasiones, el autor describe cómo la incorporación a la sociedad de esa persona dará origen a un segundo orden de sentimientos, que tienen relación con el efecto de su conducta sobre los demás y los sentimientos que genera en ellos: “Ponlo en sociedad, y todas sus propias pasiones inmediatamente llegarán a ser causa de nuevas pasiones. El observará que la humanidad aprueba alguna de ellas y se disgusta con otras” (TSM 110). De esta manera el juicio sobre las propias acciones se establece –en un individuo en sociedad– por la existencia real o potencial de un espectador de tales acciones. Esto exige que nos pongamos en la posición de un tercero.

Para describir este proceso, y siguiendo la influencia de otros autores que podrían denominarse como sentimentalistas-espectoriales, Adam Smith utiliza el recurso de un “espectador imparcial”. Este espectador, dada la distancia que asume respecto de una u otra persona, reconoce con mayor claridad el punto de equilibrio –en términos de Smith el sentido de propiedad de los sentimientos– en el cual se hace efectivo el sentimiento de aprobación

que inspira y hacia el cual se dirige el proceso simpatético. Tal como lo plantea Carrasco, a diferencia de Hume y Hutcheson, Smith propone que el espectador imparcial no es un tercero ajeno a la experiencia, sino que surge “en el pecho” de quienes participan del proceso, en la medida en que se esfuerzan por encontrar la respuesta sentimental más apropiada a las circunstancias vividas.

Para que este proceso se lleve a cabo, Smith plantea que resulta imprescindible una cierta racionalización de los sentimientos, de manera que el sujeto primariamente afectado pueda salir de sí mismo y contemplar la posición de quien lo observa modulando sus pasiones –a través del ejercicio del autodomínio (*selfcommand*)– a un punto que permita al observador acercarse a ellas. Exige además al observador una sensibilidad, descrita por Smith en términos de humanidad o benevolencia, que le permita ponerse en el lugar del otro, no simplemente como sí mismo bajo el motivo que gatilla esa pasión, sino tratando de identificar lo más cuidadosamente todos los elementos que configuran la experiencia del otro.

Como ya se ha adelantado, en la experiencia de la simpatía mutua descrita en una perspectiva psicológica, se reconocen los elementos que configuran la simpatía mutua moral. En la simpatía mutua como fenómeno psicológico se identifica el origen de la experiencia moral, el surgimiento del puente que une la vivencia psicológica con la moralidad. Los límites no tienen la nitidez de un constructo externamente impuesto al ser humano, sino que existe una virtuosa difuminación entre la simpatía mutua como experiencia psicológica y la simpatía mutua en el ámbito moral; difuminación que resulta clave para la comprensión de Adam Smith del surgimiento de los sentimientos morales.

Los sentimientos morales surgen de la búsqueda de aprobación o desaprobación, a lo que Smith reconoce un origen natural, directamente relacionado a la dimensión social de lo humano: “La Naturaleza, cuando formó al hombre para la sociedad, le entregó un deseo original de agradar, y una aversión original a ofender a sus hermanos” (TSM 116). La exposición al encuentro con el otro, la vivencia de la simpatía mutua psicológica desarrolla en el ser humano un espectador imparcial que es finalmente su más auténtico educador, y que surge incluso como examinador de la propia conciencia que es capaz de juzgar la propiedad o impropiedad de los afectos que vivimos en relación a nuestra propia vivencia. Tal como expresa Fricke, la simpatía en Smith juega un rol clave en los juicios morales, a través de los cuales los sentimientos asociados a la simpatía proveen una guía moral para el sujeto. Tanto en el momento en que soy observador de los sentimientos del otro como en el momento de mirar la propia experiencia, experimento a través de la aprobación o el reproche la vivencia más básica de la moralidad.

De esta manera, el proceso simpatético es una herramienta de crecimiento moral que puede desarrollarse en torno a sí mismo y al análisis de la propia experiencia¹². El ser humano pasa así de buscar la aprobación de los demás, a la búsqueda de ser “digno de ser aprobado” como finalidad última de la propia existencia.

2.3. Aspectos comunes

Descritas en líneas generales ambas perspectivas sobre la empatía, salta a la vista una cierta sintonía en la comprensión del acto de empatizar, en tanto posicionamiento imaginativo en el lugar del otro y compartir los sentimientos del otro. Lo que en Neurociencia se denomina “empatía emocional” podría entenderse como una lectura distinta sobre el mismo fenómeno que Adam Smith propone como la primera parte del proceso simpatético (descrita anteriormente como empatía unidireccional, en sus dos tipos).

La Neurociencia, interpretando las evidencias neurobiológicas que aportaron especialmente los descubridores de las neuronas espejo, entiende la empatía como un recomponer en sí la experiencia del otro, reproduciendo en sí mismo la vivencia observada, (el mono que observa al otro mover un objeto activa en su cerebro las mismas áreas que si estuviera moviendo el objeto el mismo). Para Smith la simpatía en su versión primordial es el ejercicio imaginario de ponerse en el lugar del otro, lo cual en su forma más básica (unidireccional) implica el esfuerzo por ponerse en la situación del otro para entender la causa de sus sentimientos. Ambas perspectivas tienen un mismo punto de partida: la imitación. En la Neurociencia se trata de la imitación de un acto, en Adam Smith la imitación de un sentimiento que se consigue por la comprensión de los elementos que constituyen globalmente la experiencia del otro. Los ejemplos que usa Adam Smith en la primera parte de la TSM para explicar esta identificación espontánea con la situación del otro, tales como el movimiento espontáneo de la mano al observar a alguien que cae súbitamente por la lesión en una extremidad, son perfectamente compatibles con la interpretación neurocientífica actual de la empatía¹³. Podría decirse incluso que la evidencia neurocientífica puede utilizarse perfectamente como soporte de la reflexión de Adam Smith en este punto.

La propuesta de Smith respecto de una simpatía que se despliega —en una perspectiva psicológica— en el esfuerzo por comprender al otro en sus circuns-

12 En el capítulo III de TSM Adam Smith explica: “aprobamos o desaprobamos nuestra propia conducta, de acuerdo a si sentimos que, cuando nos ponemos en la situación de otro hombre y la vemos (...) con sus ojos y desde su lugar, nosotros podemos o no entra enteramente en ella y simpatizar con los sentimientos y motivos que la influenciaron (TSM 109).

13 “Cuando vemos un golpe a punto de caer sobre el brazo o pierna de otra persona, naturalmente encogemos nuestro propio brazo o nuestra propia pierna” (TSM 10).

tancias y su situación, podría interpretarse, desde la Neurociencia, como la empatía cognitiva: en la cual se interpretan las intenciones y deseos del otro, lo cual en cierto sentido exige un conocimiento de sus circunstancias y características personales. No obstante, es necesario marcar aquí una diferencia: la empatía cognitiva no es necesariamente reflexiva para la Neurociencia. Refiriéndose a la función de las neuronas espejos en la interacción social, Iacoboni dirá que: “A través de las neuronas espejos, podemos entender la intenciones de los demás y así predecir, aún de un modo prerreflexivo, su comportamiento futuro” (Iacoboni 254). Iacoboni parece enfatizar la dimensión inconsciente de esta comprensión, a diferencia de Smith, cuyo esfuerzo parece centrarse en la explicitación de este proceso. Desde la Neurociencia, aunque se tiene en cuenta una empatía llamada racional, el énfasis se pone en el carácter inmediato y prerreflexivo que, en general, se asume para esta capacidad, a diferencia del esfuerzo desplegado en la TSM. Aun cuando –tal como se propone en la revisión de Gonzalez-Liencre (2013)– existen autores que, desde la perspectiva de la Neurociencia, reconocen una modulación de las capacidades empáticas de acuerdo a procesos cognitivamente superiores, lo cual se puede interpretar, al menos en parte, como la base neurobiológica del proceso de racionalización que propone Smith. La interpretación más amplia y común de la empatía en el ámbito de las Neurociencias, parece no incorporar estos procesos de racionalización de manera explícita. Adam Smith propone que el proceso simpatético se completa en un segundo momento, donde los sentimientos se racionalizan y se abre la simpatía mutua a nivel psicológico y moral. En este momento puede reconocerse la figura explicativa del espectador imparcial y entran en juego las virtudes de benevolencia y auto-dominio. Así, se despliega, para cada ser humano, la capacidad de lograr un cierto crecimiento moral. Toda la descripción psicológica previa va dirigida a este punto de la relación interpersonal, donde la simpatía mutua se construye como base de la moralidad. Ninguno de estos aspectos parece encontrar un correlato en la perspectiva neurocientífica.

Finalmente, es preciso destacar otro aspecto común a ambas perspectivas. A saber, ambas proponen que esta capacidad es connatural al ser humano, pero que requiere para su desarrollo de la interacción social. Las dos visiones reconocen la necesidad de enfrentarse a otro para desplegar esta capacidad.

3. EMPATÍA, MORALIDAD Y CONDUCTA SOCIAL

Iacoboni termina su libro exponiendo la evidencia de la participación de los mecanismos neurobiológicos de la imitación en fenómenos sociales tales como la violencia de masas o incluso la organización política.

A partir de estas evidencias, extiende sus conclusiones: “La imitación es por completo fundamental para nuestra capacidad exponencialmente mayor de aprender y para construir la cultura” (Iacoboni 249). Propone una nueva comprensión de la intersubjetividad y la conducta social del ser humano. Esta mirada exigiría la aceptación de una nueva noción del libre albedrío y una comprensión de los códigos sociales como extensión de nuestros mecanismos neurobiológicos centrados en la imitación.

Reconociendo los resultados de los estudios referentes a las neuronas espejo como favorables para una comprensión biológicamente determinista de las decisiones humanas y adelantándose a las resistencias, Iacoboni propone que uno de los puntos más críticos del dato neurocientífico es “la amenaza percibida hacia nuestra noción de libre albedrío” (Iacoboni 258). Esta amenaza surge del hecho de que:

La investigación sobre las neuronas espejo implica que nuestro carácter gregario —quizá el mayor logro de los seres humanos— es también un factor que limita nuestra autonomía en tanto individuos” y que “la investigación de las neuronas espejos sugiere que los códigos sociales están dictados en gran medida, por nuestra biología. (Iacoboni 258).

Esta interpretación de los resultados neurobiológicos se encuentra frecuentemente en el ámbito neurocientífico, que, en general, se inclina por la negación del libre albedrío en su concepción clásica occidental. El psiquiatra forense Alan Felthous, haciendo eco de la nueva comprensión de la libertad en la neurociencia, propone lo que denomina “funcionalismo normativo” como herramienta regulatoria social. Así, sostiene que lo que finalmente es relevante para el caso/sujeto particular, es el reconocimiento de la capacidad de evitar actuar. Es decir, si un sujeto puede negarse a cometer un crimen, entonces puede ser considerado capaz y responsable de sus actos. Si, en cambio, un sujeto no tiene capacidad de controlar sus impulsos criminales (o de cualquier otro ámbito) no es responsable de ellos. Esta comprensión de la estructura moral del ser humano, hace eco de una reducción de la libertad a la posibilidad de frenar las tendencias biológicas propias innatas o adquiridas por la experiencia, pero de todos modos moduladas en gran parte por mecanismos biológicos, que determinan nuestras decisiones y que, incluso, pueden ser responsables de nuestra ilusión de libertad¹⁴.

¹⁴ Según Felthous, las capacidades que deberían evaluarse para determinar si una persona puede ser responsabilizada por sus actos son: la conciencia, autocontrol, racionalidad e intencionalidad. Todas las cuales, en condiciones normales, son “funcionalmente naturales” (sin importar realmente si estas funciones son productos de redes neuronales o puede reconocerse algo más en la experiencia humana).

Iacoboni asume como más compatibles con los hallazgos neurocientíficos, formas de comprensión de lo humano que podrían encontrarse en filosofías orientales o que reconozcan el carácter normativo de consensos sociales, sin aspirar hacia una estructura objetiva de la moralidad. Esta supuesta incompatibilidad de la comprensión neurocientífica de la empatía con la filosofía occidental no parece cumplirse al observar la propuesta de Adam Smith respecto del surgimiento de la moralidad.

En la parte III de la TSM, Adam Smith muestra cómo, en el deseo natural del hombre de ser digno de aprobación y el temor natural a ser digno de reproche, el ser humano se descubre así mismo como juez de la humanidad, en sí mismo y en el otro. La búsqueda, finalmente, se refiere a la aprobación del “tribunal de su propia conciencia” que no es más que el espectador bien informado e imparcial, que arbitra la conducta del ser humano desde su propio pecho. Guiado por el espectador imparcial el hombre, a través del hábito y la experiencia, orienta su conducta hacia lo más honorable y noble. A través de la práctica constante, la formación de sí mismo no aplica simplemente a conductas y comportamientos externos, sino que llega a modelar los sentimientos más íntimos. En esta concepción, el ser humano se reconoce como responsable de la forma en que vive los sentimientos, porque existe la posibilidad real de vivirlos de una manera distinta, es decir, virtuosa. De esta manera, Smith no establece la moralidad como un conjunto de normas o principios que se imponen externamente al sujeto, sino como una experiencia que surge del contacto mismo con el otro, es decir que se experimenta de manera natural e inmediata: “Nuestra continua observación de la conducta de los otros, insensiblemente nos lleva a formarnos en ciertas reglas generales concernientes a qué es justo y propio de ser hecho o evitado” (TSM 159). Las reglas no son construidas ni impuestas, se descubren en la experiencia con el otro. La decisión de cada ser humano tiene relación con el momento en que ponemos nuestra conducta bajo la mirada de sus reglas generales “Nosotros resolvemos nunca ser culpables, ni de ninguna forma, ponernos como objetos de desaprobación general. De esta manera nos ponemos naturalmente bajo la regla general” (TSM 159).

Aun cuando la ética propuesta por Smith –tal como plantea Carrasco– puede ser reconocida como una ética de la intersubjetividad, con normas morales que se descubren en el encuentro con el otro, su permanente referencia a la orientación natural del hombre hacia lo más noble y lo más digno, junto con el reconocimiento de la capacidad del ser humano de desplegar un crecimiento moral (a través del desarrollo de las virtudes), aleja a Smith de una ética relativista o del consenso. La propuesta de Smith parte del reconocimiento del

momento imitativo irracional en la simpatía unidireccional y llega a la experiencia de la simpatía mutua moral como base y fundamento de la moralidad. No obstante lo anterior, Smith propone una descripción de la experiencia moral que, aun fundada en la experiencia psicológica, apunta hacia una perfección objetiva de la humanidad (tanto de manera personal como comunitaria) hacia la cual el ser humano estaría teleológicamente orientado. Tal como se demostró anteriormente, puestas en diálogo ambas perspectivas tienen notables similitudes en la comprensión del origen y desarrollo de la empatía. A diferencia de la perspectiva neurocientífica, Adam Smith propone que en el proceso simpatético encontramos el espacio para el desarrollo de la virtud. El proceso simpatético está traspasado por el deseo de aprobación mutua. En un desarrollo posterior, el ser humano desea ser digno de aprobación ante los demás, pero sobre todo ante sí mismo, incluso logrando una independencia de la aprobación o rechazo real de su medio inmediato. La posibilidad de la virtud, la responsabilidad de nuestros actos y la justicia como base de la moralidad, son todos elementos de la TSM que apuntan hacia una visión del ser humano como un ser capaz de decisiones libres, en el sentido más amplio y profundo del término. El ser humano, en Smith, puede ser incluso capaz de liberarse de la dependencia natural de la búsqueda la aprobación real y directa de su comunidad más cercana, para buscar el desarrollo de la virtud en un acto que podría interpretarse como una de las más altas muestras de libertad¹⁵.

¿Cómo dos perspectivas con tantos puntos de encuentro en la descripción de la empatía –como capacidad o como experiencia– llegan a conclusiones tan dispares al interpretar sus hallazgos y construir con ellos una lectura de la libertad, moralidad y la conducta social humana?

Una primera aclaración, que ya describe Christel Fricke en su trabajo comparativo entre la simpatía de Adam Smith y la psicología del desarrollo de Hoffman, tiene que ver con la divergente intencionalidad de ambas perspectivas. El trabajo de Adam Smith va orientado a la comprensión de la moralidad: en la búsqueda de los orígenes más genuinos de la experiencia moral el autor se encuentra con la experiencia humana de la empatía. El enfoque neurocientífico, en cambio, tiene un sentido inverso: tiene como objetivo primordial la comprensión de la empatía y solo secundariamente saca conclusiones aplicables a la conducta social y la moralidad.

No obstante lo anterior, sigue siendo llamativa la inmensa dispersión que alcanza la interpretación de los resultados, llegando incluso a obtener conse-

¹⁵ Esto se produce, por ejemplo, cuando la realización del acto virtuoso va en dirección opuesta a la opinión más común de la sociedad en que se vive.

cuencias contradictorias. Escapa a los objetivos de este trabajo el análisis de las razones más profundas de este hallazgo, pero al menos pueden enunciarse algunas razones que podrían explicarlo.

En primer lugar, es necesario volver a recordar que la empatía, desde las Neurociencias, se agota en el proceso de comprender las emociones, sentimientos, intenciones o pensamientos del otro. No se reconoce, al menos en la evidencia aquí revisada, un momento evaluativo de la conducta del otro o de sí mismo. La investigación neurocientífica no parece haber llegado a reflexionar sobre la reciprocidad que caracteriza la simpatía mutua en Adam Smith. Es clara la ausencia de una conciencia –voz interior o espectador imparcial en palabras de Smith– capaz de juzgar sobre lo observado en el otro o en sí mismo. Habiendo estudiado con profundidad la simpatía unidireccional y, en cambio, careciendo de contenidos respecto de la simpatía mutua, el eslabón clave para la conexión entre experiencia psicológica y experiencia moral, bajo la perspectiva de Smith, se encuentra ausente en la visión neurocientífica. Es perfectamente comprensible entonces, que tomando en consideración únicamente la empatía en su dimensión unidireccional (análoga a la simpatía unidireccional), se pueda desarrollar una perspectiva de la moral, totalmente opuesta a la perspectiva de Adam Smith que usa como punto de partida la simpatía mutua psicológica y solo de manera indirecta la empatía unidireccional, como insumo para el desarrollo de la simpatía mutua.

Posiblemente en el contexto general del posicionamiento del método científico como primer método de reconocimiento del mundo y de lo real, la Neurociencia en gran parte ha perdido la raíz filosófica que tuvieron disciplinas que hoy la conforman, tales como la Psicología y la Psiquiatría, centrando su conocimiento en la dimensión neurobiológica. Una respuesta para la falta de desarrollo de la investigación neurocientífica sobre la simpatía mutua, podría encontrarse en las limitaciones propias del método científico. En este sentido, puede reconocerse que experiencias tales como el juicio sobre la propia conducta o la formación de las virtudes, son simplemente inalcanzables para una metodología que debe minimizar y controlar las variables a observar.

El presente trabajo muestra cómo una misma experiencia: la experiencia de empatizar, se ha observado desde la Filosofía, en Adam Smith, y desde la Neurociencia con notables puntos de encuentro, pero también una gran dispersión al momento de extender las conclusiones al ámbito de la moralidad. La necesidad de un trabajo verdaderamente interdisciplinario surge como una conclusión obvia en este ejercicio.

TRABAJOS CITADOS

- Caggiano, V., Fogassi, L., Rizzolatti, G., Casile, A., Giese, M. A., & Thier, P. "Mirror neurons encode the subjective value of an observed action". *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, Vol.109 (2012): 11848-11853. doi:10.1073/pnas.1205553109.
- Campbell, T. *Adam Smith's Science of Morals*. Great Britain: Routledge Library Edition, 2010.
- Carrasco, M. "Reinterpretación del espectador imparcial: impersonalidad utilitarista o respeto a la dignidad". *Crítica, Revista Hispanoamericana de Filosofía*. 46, No. 137 (2014): 61–84.
- Cowan W. M. "Preface". *Annual Review of Neuroscience*, Vol. 1 (1978):1. DOI: 10.1146/annurev.ne.1.072606.100001.
- Eckerman C. O. & Didow S. M. "Nonverbal imitation and toddler's mastery of verbal means of achieving coordinated actions". *Developmental Psychology* 32 (1996): 141-152.
- Felthous, A. "The will: from metaphysical freedom to normative functionalism". *Journal American Academy of Psychiatry Law*, 36 (2008): 16-24.
- Ferrari P.F., Gallese G., Rizzolatti G., et al. "Mirror neurons responding to the observation of the ingestive and communicative mouth action in the monkey ventral premotor cortex". *European Journal of Neuroscience*, 17 (2003):1703-1714.
- Forman B. F. (Ed). *The Adam Smith Review* 6. Londres: Routledge, 2011.
- Fricke, Ch. *Empathy and Sympathy. An Inquiry into the Psychological Foundations of Moral Competence*. European University Institute, 8th MWP Classics Revisited Conference Empathy and Competition: A 21st Century View on Adam Smith. Villa La Fonte (Via delle Fontanelle 10) Firenze, 07-05- 2014. Conferencia.
- Gonzalez- Liencres C., Shamay-Tsoory S., & Brüne M. "Towards a neuroscience of empathy: ontogeny, phylogeny, brain mechanism, context and psychopathology". *Neuroscience and Biobehavioral Reviews*, 37 (2013):1537-1548.
- Iacoboni, M. *Las neuronas espejo: empatía, neuropolítica, autismo, imitación o de cómo entendemos a los otros*. Buenos Aires: Katz Editores, 2012.

- Labos E., Slachevsky A., Fuentes P. & Manes F. *Tratado de neuropsicología clínica*. Buenos Aires: Akadia, 2012.
- Libet B. "The experimental evidence for subjective referral of sensory experience backwards in time". *Philosophy of Science*, 48 (1981):182–197.
- Meltzoff A. N. & Moore M.K. "Imitation of facial and manual gestures by human neonates". *Science*, 198 (1977):74-78.
- Moya-Albiol L., Herrero N. & Bernal M. "Bases Neuronales de la empatía". *Rev Neurol* 50, No. 2 (2010): 89-100.
- Rizzolatti G., Fadiga L., Gallese V. & Fogassi L. "Premotor cortex and the recognition of motor action". *Cognitive Brain Research*, 3(1996): 131-141.
- Smith, A. *The theory of moral sentiments*. Indianapolis: Indianapolis Liberty Classics, 1982.
- Stueber, K. "Empathy". *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Spring 2014 Edition. Metaphysics Research Lab Center for the Study of Language and Information Stanford University. Acceso el 29 de Agosto de 2014. URL [http:// plato.stanford.edu/archives/spr2014/entries/empathy](http://plato.stanford.edu/archives/spr2014/entries/empathy)
- Zack P. & Barraza J. "The neurobiology of collective action". *Frontiers of Neuroscience*, 7 (2013): 211- XXX.